

La mortal experiencia desta maña
Que tienen estas gentes fué sabida
Por Joan de Castro, natural de Ocaña,
Corriendo tras quien iba de huida,
Pues con la punta de la dura caña
Al miserable le huyó la vida:
En efecto, la cosa fué de suerte
Que quien pensó matar padeció muerte.

Y otros ensangrentaron su carrera
Cuando victoriosos se juzgaron.
Al fin ellos pelean de manera
Que muchos españoles me juraron
Nunca topar con gente tan guerrera,
En todas las naciones que toparon;
Y el choque, ni por bien ni por herida,
Se quiere, según dicen, dar á vida.

Luego pues que llegaron los cristianos
A unas mal compuestas ramadillas,
Vinieron solos dos destos villanos
Con dos totumas de agua ó escudillas,
Do mojaban los dedos de las manos
Y tocaban las barbas y mejillas
A ciertos españoles que allí vieron,
Y sin hablar palabra se volvieron.

Y como se volvieron de improviso
Sin muestra de placeres ni de enojo,
Los nuestros españoles, no sin riso,
Dicen: «Menester es abrir el ojo,
Porque mojar las barbas es avisó
De que echemos las barbas en remojo:
Antes pues que se mojen los cabellos
Determinemos ir en busca dellos.»

Después de cada cual aderezado,
Fueron por un camino muy seguido,
Dieron en un gran pueblo despoblado,
De solo desconsuelo proveído;
Por ser tiempo de pluvias tan pesado,
Allí fué nuestro campo detenido,
Sin poder por los grandes cenagales
Ir á buscar remedio de sus males.

Para necesidades del hambriento,
Que tales eran ya malos y buenos,
Dos caballos sirvieron de alimento,
Tales, que menester no habían frenos;
Y en tan terrible tormento,
Sal era lo que mas echaban menos;
Y para dar remedios á su vida
Por mil partes buscaban la salida.

El Esteban Martin y Valdespino,
A pié, con otros treinta compañeros,
Para buscar al bárbaro vecino
Pasaron grandes ciénagas y esteros;
Dieron en tierra seca, y en camino
Que los cansados piés hizo lijeros,
Por verse la comarca bien poblada
Y cantidad de gente bien armada.

Como por ojos ya tuviesen prueba,
Y número de gente descubriesen,
Viendo ser muy poquita la que lleva,
Esteban ordenó que se volviesen
Al campo, para dar aquella nueva,
Y todos ellos juntos acudiesen
Con los caballos y el demás fardaje,
Pues que sabían cómo pasaje.

Volviendo pues atrás esta carrera,
En recta guardia él y el Valdespino,
Natural de Jerez de la Frontera,
Parece ser que no tuvieron tino
Los otros que iban en la delantera,
Yendo ya descuidados del camino;
Y el buen Esteban, como mas esperto,
Pasó para les dar camino cierto.

Y entre tanto que puso sus hermanos
En el cierto camino que traído
Habían, dieron indios inhumanos
En Valdespino, que se vió perdido,
Pues vivo lo llevaban fieras manos,
E ya de dos heridas mal herido;
Lo cual visto por este varon fuerte,
Quisoles dar la vida con su muerte.

Porque vista de fuerzas la penuria
Que mostraba la gente rezagada,
Por los indios rompió con tanta furia,
Que dejaron la presa mal tractada;
Tomó cruel venganza del injuria
Que hacen á la gente baptizada:
Cabezas por el suelo van rodando,
Manos y dedos andan palpitando.

Aquellos que lo siguen y él gobierna
Esfuézense de ver tan grandes hechos;
Pero punta de hueso, nada tierna,
Sin bastalle broquel, rompió los pechos;
Otra le segundaron por la pierna
Con que sus pasos hizo mas estrechos,
Porque le dieron por el espinilla,
Metiéndole la punta en la canilla.

Su muerte ya cercana conociendo,
Por las heridas de una y otra vara,
Poco á poco se iba retrayendo,
Al escuadron feroz haciendo cara;
Animosas razones va diciendo,
Y á todos como sano los ampara
Con tan raro valor y tanta cuenta
Que ninguno dejó de todos treinta.

Aunque dolor de piernas embaraza,
Todavía por términos guerreros,
A pesar de los choques, hace plaza
Por donde puedan ir sus compañeros;
Porque los indios fueron dando caza
Hasta que ya pasaron los esteros,
De do volvieron á sus campos anchos,
Y los nuestros llegaron á sus ranchos.

Vido luego su fin el Valdespino
De las heridas malas y molestas,
Y así la mayor parte del camino
Cristianos lo trajeron á sus cuevas:
Dicen ser valeroso, y hombre dino
De no cortar el hilo las funestas
Lanificas hermanas en tal era,
Sino de dalle mas larga carrera.

Mas otra pena muy mayor se siente,
Y es Esteban Martin, amigo caro
Del George Espira y de la demás gente,
Por no saber á nadie ser avaro:
Y así de todos universalmente
Fué tenido por padre y por amparo,
Y creían que estando de por medio
No les había de faltar remedio.

Hiciéronle muy abrigados lechos,
Y todo su remedio se procura;
Las heridas le ven, y muy á pechos
Tomó Diego de Montes esta cura;
Un Joan de Oñate hizo los pertrechos
Para sacalle bien la punta dura;
Sacóselo, mas aunque hizo esto
No dejó de morir al día sexto.

Murió con confesion y testamento,
A pobres repartiendo lo que alcanza;
Nunca pude saber su nacimiento,
Ni el nombre del lugar de su crianza.
Hicieron sus amigos juramento
De tomar muy de veras la venganza;
No con menos dolor ni menos ira
Lo mismo prometía George Espira.

En este funeral y enterramiento
También pudieras ver ojos llorosos;
Hicieron el humilde monumento
Debajo de unos árboles umbrosos,
Y el padre Fructos, no sin sentimiento,
Por honra de los huesos generosos,
En el troncon del árbol do yacia
Aquesta letra puso, que decia:

AL CAPITAN VALEROSO

LLAMADO ESTEBAN MARTIN

AQUI LE LLEGO SU FIN.

El árbol, de sus hojas descompuesto
Por la gran aspereza del invierno,
Ya se vestía de pimpollo tierno
Con apariencia de florido gesto,
Cuando quien se preciaba del gobierno
Quiso luego dejar aqueste puesto,
Inquirir y buscar tierra mas alta
Para socorro de tan grande falta.

Halló donde hirieron á su amigo
Disposicion de tierra mas lozana;
Determinóse de hacer castigo
En gente tan cruel y tan tirana,
Y todos cuantos él llevó consigo
No creo que tenían menor gana:
Y la contraria gente dura y fiera,
Tampoco recelaban la carrera.

Antes con un furor luciferino,
Como vieron venir nuestros varones,
Concertaron salilles al camino
Con bravos y feroces escuadrones:
Los españoles, con mejor desino,
Envían al encuentro los peones
Con orden que se fuesen retrayendo
Y fingiesen huir sin ir huyendo.

Por traellos abajo de un repecho,
Do quedaban caballos encubiertos,
Para poder mejor hacer su hecho,
Por ser allí lugares mas abiertos,
Y podían correr tan á provecho,
Que de victoria se juzgaban ciertos,
Pues era, si los sacan á lo raso,
Negocio que les hace muy al caso.

Partieron los peones al instante,
A punto la rodela y el espada;
Mas viendo tantos indios por delante,
Fingieron de temor hacer parada,
Y luego con astucia semejante
Revuelven al lugar del emboscada:
Ellos, juzgando ser el miedo cierto,
Seguíanlos sin orden ni concierto.

No tigre ni leon por la dehesa
Se muestra tan veloz en su corrida,
Tras la caza do quiere hacer presa
Y piensa que la tiene ya cogida,
Cuantas eran las furias y la priesa
De la gente feroz inadvertida,
Hasta que descubrieron los recodos
Adonde estaban los caballos todos.

Los cuales, como ya viesan la suya
Y tanta multitud sin ordenanza,
Acometen á mia sobre tuya,
Con deseo y ardor de la venganza:
Rodéanlos para que nadie huya
Del espada cruel ni de la lanza,
Rompiendo aquí y allí con los caballos
Para los dividir y derramalos.

Ensangrentando van acero fino,
Ningunos golpes dan que salgan vanos;
Y como fué negocio repentino
Y en lugares tan rasos y tan llanos,
Los indios con el grande desatino
Ni juegan de los piés ni de las manos,
Antes cada cual anda sin sentido
De ver el animal que nunca vido.

Como si par de alguno cayó rayo
Que por su buena dicha no le toca,
Sino que le pasó mas á soslayo:
Rompiendo cerca dél la dura roca,
Y demás de quedar con gran desmayo
Aquel espanto le tapó la boca,
Y del tronido y el celeste fuego,
No solo queda mudo, pero ciego.

Avínoles así ni mas ni menos
A la bestial, feroz y fiera gente,
Cuando vieron venir en piés ajenos
A los que les salieron de repente;
Y aun menos impresion hicieran truenos,
Pues por allí no faltan comusmente;
Alguno procuraba su defensa,
Y fué trabajo vano lo que piensa.

Por andar los cristianos mas despiertos
Que la gente de Indias ya rompida,
Cuyos conciertos eran desconciertos,
Sin tener esperanza de la vida;
Al fin la mayor parte fueron muertos,
Y los cristianos, todos sin herida,
Quemaron luego por estos conveses
Innumerables dardos y paveses.

Allí, demás de su contentamiento
En poder subyectar duras cervices,
Hallaron copia de mantenimiento
De yucas, boniatas y maices,
Y juntamente para su sustento
Otras diversidades de raices,
Que los que no conocen abundancia
Afirman ser comida de sustancia.

Refrenada la loca fantasía
Y abatidas las crestas de los gallos,
Estuvieron allí por algún día
Para reformation de los caballos.
Pues, según su flaqueza, bien había
Harta necesidad de reformallos.
Después desto la gente fatigada
Adelante prosigue su jornada.

Hasta llegar á un río hermejo,
Donde no les faltó gente de guerra,
Y donde se juzgó por buen consejo
Que subiesen por él hasta la sierra:
Pero demás del débil aparejo
Parecía mal aquella tierra,
Triste, lloviosa y áspera montaña,
Y de sus pensamientos muy estraña.

Visto pues por la gente peregrina
Su primero vigor menoscabado,
El buen gobernador se determina,
Con parecer de todos aprobado,
De procurar volver á la marina
Para tornar mejor aderezado:
Todos concuerdan con aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Hallábanse vacías las riberas,
E ya río ninguno los detiene;
Por pasos conocidos y carreras
Allegaron al río Papamene,
Donde dejaron unas estriberas
Y cosas que memoria no retiene;
Y estas halló Francisco de Orellana
En aquel río que su nombre gana.

Recogiólas el indio mas cercano,
Deste las rescató su mas vecino,
Y así fueron á dar de mano en mano
A indios mas lejanos en camino:
Hallólas en un pueblo comarcano
Del río Marañon, por donde vino;
Después por estas gentes referidas
Fueron, por ser de azófar, conocidas.

Luego del Papamene se partieron
Para volver á do se deseaba,
Y si siempre no van por do vinieron,
La falda de la sierra los guiaba;
Y así fué la derrota tal que dieron
En el rastro que Fedrimán dejaba:
Tras él envían gente de caballo,
Pero nunca pudieron alcanzallo.

Y aun creo que el Espira no quería,
Pues hay algunos hoy de pareceres
Que un capitán de otro rehuía:
Si la causa, lector, saber quisieres,
Es porque George Espira ya sabia
Cómo esperaba Fedrimán poderes,
Y hasta le venir, creyó que apostó
Se detuvo gran tiempo por la costa.

Y no fué vanidad el pensamiento
En lo que cerca desto se recela,
Pues hizo Fedrimán detenimiento
Por la costa del Cabo de la Vela,
Por ver de su promesa cumplimiento
Y poner mas en orden esta tela;
Y en efecto los Berzares cumplieron
Sin falta la palabra que le dieron.

Mas aunque se detuvo dos veranos
Por esta costa, no sin añagaza
De cartas de los reinos castellanos,
Nunca le llegó cosa que le plaza,
Por venir los despachos á las manos
Del factor alemán Jacome Gaza,
Que retuvo las cédulas que digo
Por ser del George Espira gran amigo.

Escudriñando pues esta frontera,
De la de Santa Marta topó gente,
Cuyo capitán fué Joan de Rivera,
Que con razon llamaron el valiente:
Y el Fedrimán, que mas mañoso era,
Con él se concertó secretamente
Para juntar aquella compañía
Con la demás de Coro que traía.

Alguna desta gente no quisiera
A su gobernador hurtar el lado;
Y para que también Joan de Rivera
Quedase desta culpa disculpado,
El negocio se hizo de manera
Que pareció mas fuerza que por grado:
Ansi que, presos sin haber defuntos,
Al Maracaibo se vinieron juntos.

De allí tentó huirse cierta gente
De los de Santa Marta que tomaron,
Mas Antonio de Chaves su teniente
Fué tras ellos, y á uno que hallaron
Mandó garrote dar incontinentemente;
Los otros por lijeros escaparon:
Destos fueron después mis compañeros
El capitán Lorenzo y un Cisneros.

Puestos en Maracaibo y en sus llanos,
Por parecelle tierra desgraciada
El pueblo despobló de los cristianos,
A fin de los llevar á la jornada;
Destos vecinos escogió los sanos,
Dejó en Coro la gente fatigada,
Y en busca dijo ir de George Espira,
Ya fuese con verdad ó con mentira.

Los hombres de caballo y los infantes
Que lleva son antiguos pobladores,
Para sufrir trabajos tan bastantes
Que pocos conocimos ser mejores,
Y en todos los consejos importantes
Muy ciertos y avisados consultores;
Pero pobres y mal apercebidos,
Pues apenas tenían ya vestidos.

Andando pues por Barraquicimeto
O por Carora, donde repararon,
Llegaron Alderete y Martin Nieto,
Y los que contra Orta se rebelaron:
A los cuales con todo buen respeto
Recebieron muy bien y regalaron;
Mas Fedrimán de tres hizo desvío,
Por no le parecer bien tanto brio.

Los tres fueron á Coro brevemente
Con cartas que llevaban sal pimienta,
Y los demás quedaron con su gente,
Haciendo dellos Fedrimán gran cuenta.
Por ser cada cual hombre diligente,
Y en los recuentos de mayor afrenta,
Donde muchos salieran con querrela,
Pudieran ellos bien salir sin ella.

Pusieron en efecto la partida,
Y en la prosecucion de su jornada
No llevan abundancia de comida,
Porque de los demás escarmentada
Gente de indios era retraída
Y del paraje propio desviada;
Mas ya con hambre, ya con alimentos,
Todos con Fedrimán iban contentos.

Pues para lo seguir hasta el infierno
Creo que les ganó las voluntades,
Y ciertamente desde mozo, tierno,
Si acaso no se niegan las verdades,
Parece que nació para gobierno,
Y en abundancia y en necesidades
En su campo jamas reinó discordia,
Ni en su pecho faltó misericordia.

Sabio fué y avisado cortesano
En todas sus costumbres y modesto;
Para ser alemán era mediano,
Pero de proporciones bien compuesto:
En el hablar retórico no vano;
De rojo, grave y apacible gesto;
Tuvo también faccias excelentes
A tiempos y lugares convinientes.

Yendó pues, como digo, sin revuelta,
En toda la distancia que corrieron,
En un cierto camino gente suelta,
Tomaron unos indios, que dijeron
Que George Espira daba ya la vuelta
Con poca gente, de que coligieron,
Segun la que con él habia salido,
Cómo debia de volver perdido.

Vista la relacion por Fedrimano,
Por no volver atrás de su destino
Ni meterse debajo de su mano
Torció de sus derrotas el camino,
Entrando mas adentro por lo llano,
Hasta tanto que vió que le convino
Sacar su gente de la llana tierra
Y volver á las faldas de la sierra.

Caminan, y llegados en efeto
Al pueblo de San Joan, hoy de cristianos,
El dicho Fedrimán como discreto
No quiso caminar mas por los llanos,
Sino ver de las sierras el secreto
Con guías de los indios comarcanos;
Y para descubrir algun camino
Pedro de Limpías adelante vino.

Llevó consigo gentes avisadas,
Seis de caballo, los demás peones,
Tan diestros y curtidos en entradas
Que no los espantaban trompezones;
Y á cabo ya de dos ó tres jornadas
Vieron humos de grandes poblaciones,
Y sin que mas adentro procediese,
Hizo que Fedrimán luego viniese.

Con orden y debida vigilancia,
Mas adelante van los peregrinos;
Ven muestras por aquella circunstancia
De grandísima copia de vecinos;
Pero hacian grande repugnancia
Angostos y asperisimos caminos,
Que sin hallar allí quien contradiga
Subían con grandísima fatiga.

Mas en la cuesta de mayor altura
Había pajonales sazonados,
Donde las sierras hacen angostura
Con altísimos riscos á los lados:
La gente por allí subir procura,
Por no ver pasos mas acomodados;
Indios cercanos acudieron luego
Y por los pajonales ponen fuego.

Auméntanse las llamas en exceso
Con furioso viento que venía,
Y la nube de humo tan espeso
La vista destas gentes impedia;
El repentino caso y el suceso
En un terrible riesgo los ponía:
Tal impetu de fuego los rodea
Que no ven la salud que se desea.

Haciendo pues su natural oficio
Las llamas y fumosos arreboles,
Fué tanta la prestura y el bullicio,
Que por aquellos riscos y peñoles
Se despeñó gran parte del servicio,
Y entrellos no sé cuantos españoles;
Cayó Miguel Holguin de peñol agrio,
Y el escapar fué cosa de milagro.

Como si ciervos puestos en un alto,
Rodeados de áspera vertiente,
Donde ni por corrida ni por salto
Pueden huir, sin gran inconveniente;
Mas recibiendo grande sobresalto
Por ver leon ó tigre de repente,
Sin tiento se despeñan por la roca
Por escapar de carnícera boca.

El indio, y aun la gente castellana,
Ansi con el temor que los incita
De ver el gran ardor de la zavana,
Confusos movimientos y la grita,
Y aquí y allí la llama ya cercana
Sin ver por dónde va, se precipita.
Haciéndose los unos mil pedazos,
Otros quebrados piés, piernas y brazos.

Pero viendo tumulto ya tan ciego,
Un portugués, soldado diligente,
A grande priesa puso contrafuego
Donde se recogió la demás gente;
Y así cuando llegó la llama, luego
Perdió la fuerza y el furor ardiente,
Por no tener allí tierra ni viento
Paja con que le diese nutrimento.

Admirados de caso semejante,
El mas prudente dellos se embarasca;
Mas el buen Fedrimán y Limpías, ante
Que pudiese venir otra borrasca,
Con la gente pasaron adelante
A la provincia que se llama Pasca,
Donde la buena tierra fué visible
Y para los caballos apacible.

Salieron los vecinos comarcanos
Al tiempo que venían al encuentro,
Pero nunca vinieron á las manos,
Ni tuvieron recuesta ni recuento:
Antes significaron que cristianos
Estaban en la tierra mas adentro,
Dando señas de trajes y costumbre,
De que se recibió gran pesadumbre.

Pues segun los que viven este día,
No se tuvo la pérdida de Rodas
En tanto cuanto Fedrimán tenía
El no ser el primero destas bodas,
Pues con ciento y cincuenta que traía
Pensaba conquistar las Indias todas:
Y es cierto que cualquiera de su bando
Pudiera bien regir y tener mando.

También el valeroso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Que fué quien antes dél habia entrado
En este nuevo reino de Granada,
Fué por via de indios avisado
Que entraba por allí gente barbada,
Y hizo despachar á la lijera
Para reconocer y ver quién era.

De los que fueron, hay donde resido
Paredes, Calderon, hombre prudente,
Y Joan Rodriguez Gil, bien conocido
Por cuerdo, por sagaz y por valiente,
Y Anton Rodriguez, que por apellido
Le llaman de Cazalla comúnmente,
Con otros para paz y para guerra,
Cuyos cuerpos nos encubrió la tierra.

Llegaron estos hombres escogidos
A Pasca, tierra ya conmemorada:
Dieron el parabién de bien venidos
De parte del Jimenez de Quesada;
Fueron del Fedrimán bien recibidos
Y de toda la gente del armada;
Partieron luego, visto su recado,
A verse con el dicho licenciado.

Viéronse juntos pues los dos mayores
En Bogotá, que fué primer asiento,
Donde de cortesías y primores
A ninguno faltaba cumplimiento,
Pues cada cual de los gobernadores
Alcanzaba cabal entendimiento,
Con cuantas partes eran concernientes
A los que rigen y gobiernan gentes.

Ganó con el valor de su cosecha
Amistad de varones singulares,
Pero siempre la tuvo muy estrecha
Con el capitán Gonzalo Suarez,
Varón que con fortísima derecha
Fundó lo principal destes lugares;
Pero de su valor y de su cargo
En otra parte trataré mas largo.

En gracia del mayor y del mas chico,
El Fedrimán al fin se dió tal maña
Que deste nuevo reino salió rico,
Y hizo su viaje para España:
El remate que tuvo no replico,
Pero dicen morir en Alemania:
Y así ya dél mi pluma se retira
Por volver á tractar de George Espira.

Porque después de ya dejar aposta
A Fedrimán que su viaje siga,
El con su compañía mas angosta,
E ya quasi sin granos el espiga,
A gran priesa se fué para la costa
Padeciendo grandísima fatiga
De hambre, tigres, y de enferma gente,
Y entrellos Santa Cruz, su buen teniente.

El cual, en cierto pueblo de lo llano,
Reconoció su fin y acabamiento;
Murió como católico cristiano,
Y con vivísimo conocimiento:
En el gobierno tuvo mucha mano
Por ser persona de merecimiento;
Dió Cárdenas también fin á sus días,
Mas con donaires y chocarrerías.

Llegados pues á Barraquicimeto,
Hallaron asolada ya la tierra,
Y todos con flaquísimo subyeto
Atravesando van áspera sierra.
Donde luego se vieron en aprieto
Por acudir allí gente de guerra,
Que viéndolos volver de mala suerte
A todos procuraban dar la muerte.

O por lo menos de llevar captivo
Al español que vieses rezagado;
Con los cuales intentos y motivo
Llegaron giraharas por un lado,
Y al buen Diego de Montes llevan vivo,
De gran enfermedad debilitado;
Mas Joan Catahuyare, caquetío,
Lo defendió con valeroso brio.

Porque llegó con armas de cristianos,
Y en ellos hizo tal arremetida,
Que les quitó la presa de las manos,
Con animosidad jamás oída:
Hizo hechos el indio soberanos,
Y así después de Dios le dió la vida;
Y el libre de tan áspera zozobra
Reconoció después la buena obra.

Prosiguen adelante sus caminos
Discurriendo por pasos conocidos:
Todos iban á pié, que los rocinos
O quedaban ya muertos ó comidos;
Salieron á los términos marinos
Muy faltos de salud y de vestidos,
Bien mohosa la lanza y el espada,
A cabo de tres años de jornada.

Llegaron pues los pocos al asiento
De Coro, do hallaron sus amigos,
Y de quinientos no volvieron ciento,
Faltando solós seis de los antiguos,
Los tres de enfermedad y descontento,
Los otros tres á manos de enemigos:
Do se conoce bien cuánto aprovecha
El ir á descubrir con gente hecha.

Y porque de los que volvieron haga
Alguna relacion aunque sencilla,
Fueron Filipe de Uten, y Arteaga,
Pancorvo, y Alcocer, Joan de Bonilla,
Castrillo, y Urriola, y Arrizaga,
Y aquel Rodrigo Infante de Sevilla,
Diego de Montes, Bustamante, Sosa,
Y Bartolomé Sanchez de Hermosa.

Este, viniendo ya muy fatigado,
Esperando la hora postrimera,
En un caballo puesto y amarrado
Por no poder venir de otra manera,
Rodando fué con un rucio rodado
Bien doscientos estados de ladera,
Llevando como vió su vida poca
El nombre de Jesus siempre en la boca.

Viéndolo los demás así rodando,
E ya ser imposible remediallo,
Al sumo Hacedor están rogando
Que tuviese por bien de perdonallo:
Para lo sepultar yendo bajando,
Oyeron dar relinchos al caballo,
Y al Hermosa hallaron tan sin daños
Que vivió después desto muchos años.

Volvieron ansimismo á Venezuela
El Bartolomé Berzar, y Zamora,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Que ha poco que vió postrera hora;
Otros del alemana parentela
En silencio se pasan por agora,
Pues para proceder en el intento
Menester hemos ya cobrar aliento.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció.

En Indias es costumbre bien usada
Cometerse gobiernos á letrados,
Y siendo la razon considerada,
Es justa; pero por nuestros pecados,
De tan estendidísima manada
Saleu muy pocos dellos acertados,
Unos por gran soltura de conciencia,
Otros porque carecen de experiencia.

Los cuales sería bien no gobernasen
Hasta pasar siquiera de pasantes,
O por mejor decir que los pasasen
A desiertos de tierras tan distantes
Que por ninguna via trompezasen
En cosa que criase litigantes;
Pues los mas destos en poblada tierra
Adonde mora paz encienden guerra.

Pervertiendo las buenas intenciones
De Bartulos y Baldos y Felinos,
Abades, Albericos y Jasones,
Con otros de jurídicos caminos:
Y así, por aliciones ó pasiones,
Se arronjan á trescientos desatinos,
Sin que temor alguno los fatigue,
Habiendo Dios y rey que los castigue.

Bien pudiera gastar alguna vela
En este caso, pues me da gran cebo
La confusion que de presente vuela
Por este miserable reino nuevo;
Mas quiero concluir con Venezuela,
Por no quebrar aquel hilo que llevo,
Adonde vimos al doctor Navarro,
Que vino por auriga deste carro.

Era vaso de muy poca prudencia,
Y no para tal cargo suficiente;
Vino con provisiones del audiencia,
Estando Fuen Mayor por presidente,
Y para que tomase residencia
Al dicho George Espira y á su gente;
El cual, por mas autorizar su mando,
Ahorcó dos soldados en llegando.

No de los que dejó recién venidos,
Pero de todos la mayor nobleza.
Quedaron grandemente desabridos
De ver la crueldad y la torpeza,
Y así por se hallar allí perdidos,
Sin ver remedio para su pobreza,
Huyéronse, sin que el doctor los sienta,
La vuelta de Cubagua hasta treinta.

Entrellos el Pancorvo y el Castrillo,
El Diego de Urriola y Bustamante,
Sancho de Villanueva, Joan Morcillo,
Todos y cada cual hombre bastante,
Francisco de Velasco por caudillo,
Alferez del Espira ya vacante,
Con otros que cumplieron este cuento,
Con quien yo tuve gran conocimiento.

Visto por el doctor el movimiento,
Con copia de los hombres mas insines
Determinó de ir en seguimiento,
A fin de castigar tales motines;
Y sabido que van por barlovento,
Por guias que sabian los confines
Supieron atajar de tal manera
Que pudieron toniar la delantera.

Vinieron á caelles en las manos,
Y todos, sin mostrar alteraciones,
A prima fronte se mostraron llanos,
Con algunas disculpas y razones,
Pero, como mañosos baquianos,
Debajo de dañadas intenciones;
Y el Velasco, que mas astuto era,
Al doctor le habló desta manera:

« Señor doctor, nosotros no faltamos
Del servicio del rey, ni tal queremos,
Mas como sus vasallos nos pasamos
A tierras do mejor le serviremos;
Pues ve vuestra merced cómo llegamos,
Y la necesidad que padecemos,
La cual tampoco puede socorrerla
Vuestra merced, pues no vive sin ella.

« Porque si para lo que se procura
Tuviéramos un recurso liviano,
¿Qué mayor bien ni qué mayor ventura
Qué subyección debajo vuestra mano?
Cuyo valor, primor y gran cordura
Todos juzgamos ser don soberano,
Con otras excelencias que la fama
Con gran verdad aquí y allí derrama.

« Pero puesto que esteis bien proveido
De tantos dones de naturaleza,
A todos es notorio y conocido
No poder remediar nuestra pobreza;
Y si con todo esto sois servido
Que no dejemos vuestra gran nobleza,
Por cierto, sin usar contrarios modos,
Que vuestra voluntad es la de todos.

« Publíqueseos vuestro mandamiento,
Y ese será la regla y el cuadrante;
Pues á tener contrario pensamiento
Pudiéramos estar tan adelante,
Que no nos alcanzara ni aun el viento,
Cuanto menos la gente circunstante;
Mas caminábamos como forzados,
Por seros todos muy aficionados.

« Aquí no rehusamos la carrera,
Y esto debe de ser lo que conviene,
Porque vuestra merced, aunque no quiera,
Al fin nos ha de dar de lo que tiene;
Conocemos también que donde quiera
Falta prosperidad que nos despene,
Y demás de volver con quien volvemos,
Volvemos á la tierra que sabemos.»

Como se vió poner en tanto precio
El buen doctor se vido triunfante,
El cual, demás de ser no poco necio,
Pecaba grandemente de arrogante:
Al fin, lo que se dijo por desprecio
A él le pareció razon bastante;
Y antes de volver á la marina
Ranchear los confines determina.

Parecióle tener segura prenda,
Por ser Velasco mozo tan honrado,
Y así, sin proceder en la contienda,
Allí paró por ya venir cansado:
Armaronle los suyos luego tienda,
Donde pudiese ser agasajado;
Ansimismo por aquel campo ancho
Todos y cada cual sentó su rancho.

No faltó quien con rústico vocablo
Le dijo: «Sepa vuestra reverencia
Ser esta gente toda del diablo,
Y cúmplenos vivir con advertencia;
No parezca simpleza lo que hablo,
Pues tengo mas malicia que inocencia,
Y aunque me veis cubierto de mal pelo,
Uvas conozco yo de mi majuelo.»

Otro le dijo que los desarmara
Para poder dormir seguramente,
Y aun que los altos árboles poblara
Con los mas levantados desta gente.
Respondió: « Como yo tenga mi vara,
No se desmandará cosa viviente,
E yo pienso hacer tan buen castigo,
Que no se burle ya nadie conmigo.»

Los huidos con disimulaciones
Hablaban con la otra compañía;
Hubo tan eficaces persuaciones,
Por modo que jamás se conocia
Que convirtieron á sus opiniones
A muchos de los quel doctor traia,
Y los solares rayos encubiertos
Estaban acabados los conciertos.

Cuando con soporíferos beñeos
Embriaga Morfeo los mortales,
Y están gozando ya de dulces sueños
Los hombres y los brutos animales,
Para quitar caballos á sus dueños
Salen los inventores destos males,
Siendo cómplices en la cautela
Los mismos que hacían centinela.

Con indios suyos, diestros y ladinos,
A tales lances muy aficionados,
Recogieron las lanzas y rocinos
Con los demás pertrechos mas usados;
E ya dispuestos para sus caminos,
Puestos en los caballos bien armados,
Tácticamente sin hacer estruendo
Al rancho del doctor llegan diciendo:

« ¡ Ah, mi señor doctor! ¿ está despierto?
Vea vuestra merced lo que nos manda,
Que nosotros, por no volver al puerto,
Cambiamos el timon á esta otra banda,
Pareciéndonos sumo desconcierto
Dejar de proseguir nuestra demanda,
Por ser negocio muy desvariado
Tornar á desandar lo bien andado.

« Como somos personas comedidas,
De nuestra voluntad hacemos muestra,
Que tiene leyes no tan estendidas
Cuanto las que mostró la mala vuestra;
También porque mireis en las Partidas
Alguna ley que tracte desta nuestra,
Y si faltare, mireis el Fuero
Y las Pandectas, pues que sois pandero.

« Allí lo que la ley no nos declara,
Acá desta manera lo glosamos,
Que vuestra merced vuelva con su vara,
Y nosotros iremos donde vamos:
Al cetro no volvemos nuestra cara,
Pero del mal ministro nos quejamos,
Que piensa por sus vanos apetitos
Que matar hombres es matar mosquitos.

« Pues muchos de vosotros, en carrera
Donde conviene retener las riendas,
Salís del justo curso tan afuera,
Que siempre maquináis cosas horrendas,
Y como cosa fácil y lijera
Quitais vidas y honras y haciendas,
Haciendo hacer falsos juramentos,
Por amenazas ó prometimientos.

« Y para solapar vuestros errores
Forzáis á las ciudades y lugares
A demandaros por gobernadores,
Aunque con pena rompan los ijares,
Y andais ganando firmas y favores
De seculares y de regulares;
Y así por escapar de vuestras iras,
Escriben á su rey cien mil mentiras.

« Triste de quien rehusa la carrera
Y deja de ayudarnos con un grito,
Porque luego se fragua la quimera
Del grave y atrocísimo delito,
El cual se va pintando de manera
Que mas ayuno dél dejais ahito;
Pues es verdad que faltarán testigos
O que los osan descargar amigos.

« Pues si no favorecen el intento,
Ni llevan de sus tipples los tenores,
Está presta la cárcel y el tormento
Y las acusaciones de traidores,
El confiscar de bienes al momento
Para los dar á vuestros valedores,
Con revueltas, con tramas y marañas,
De ley de Dios y rey todas extrañas.

« Con aquesto pensais dar el descargo
De la malignidad que vais tramando,
Como si le pusiédeses embargo
Al divino Juez que está mirando;
Y después de privados y sin cargo
Andais humildes, bajos y llorando,
Justificando vuestras injusticias
Y vuestras insolencias y malicias.

« Y á los pobres que dábades de palos
Hablais luego con gran melifluencia,
Haciéndoles mil mimos y regalos;
Y el que tiene segura la conciencia
No teme las calumnias de los malos
En la mas rigorosa residencia,
Pues aquel que vivió con santo celo
Tiene procuradores en el cielo.

« No juzgueis pues á mal que se derramen
Contra vos cosas que no son novelas,
Sino que hagais cuenta ser vejamen
De los que suelen dar en las escuelas,
Y aun si con vos de vos haceis examen
Para mejor vivir serán espuelas,
Como las que tenemos ya nosotros
Calzadas para bien herir los potros,

« Porque no nos cojais en el chinchorro
De rebeldías y de contumacias,
Pues el captivo quiere verse horro
De subyección de pleitos y falacias.
Con todo esto, por el buen socorro
Os damos todos un millon de gracias
En traernos caballos y soldados
Con que vamos contentos y aviados.»

El Navarro doctor que tal oía,
Como reconociese los engaños,
Da voces á los suyos, y decía:
« ¡ Viva el rey, viva el rey, muéran tacaños! »
Pero la cuadrilleja respondía:
« ¡ Viva, señor doctor, por muchos años!
Con tal que no digais por el de Francia,
Por tocaros aquella circunstancia.»

Acuden luego para la venganza
Los que libres están de la cautela,
Mas unos no topaban con la lanza
Y á los otros faltaba la rodela;
Otros tienen temor de la pujanza,
Y cada cual de golpe se recela:
Y así los del motin, la burla hecha,
A Cubagua se van vía derecha.

Caminan por aquella tierra llana,
Contentos del buen salto que hicieron,
Acia la costa de Maracapana,
Donde yo me hallé cuando vinieron;
Mas antes de salir de la zavana,
Por un grande descuido que tuvieron,
Indios de guerra les hicieron menos
Seis ó siete soldados asaz buenos.

No los pudo seguir el bravo toro,
Por faltalle caballos y peones,
Y fuera gran aumento de su lloro
Perseverar en tales intenciones:
Determinóse pues volver á Coro
Con dos ó tres caballos mancarrones,
Y aun del enojo por aquellos yermos
Cayeron él y los demás enfermos.

Viendo tan mal recado y aparejo
Para llegar al pueblo deseado,
Adelantóse Diego de Vallejo,
Mancebo valeroso y esforzado,
En paz y guerra de tan buen consejo,
Que ninguno lo dió tan acertado:
Vive hoy con valor y santo celo,
Y es contador real en aquel suelo.

Al pueblo declaró lo sucedido ;
Y cosas necesarias proveídas,
Luego volvió por el doctor perdido,
Cuyas fuerzas estaban ya caídas,
Pues en Coro halló recién venido
Al obispo Rodrigo de Bastidas,
Con provision real y poder lleno
Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese
A la isla donde era residente,
Entre varones nobles escogiese,
O por gobernador ó por teniente,
A la persona que le pareciese
Ser para tales cargos suficiente,
Y quel dicho doctor fuese privado,
A causa de estar mal acreditado.

Y así, después de dar su residencia,
A la Española yendo ya camino
Para se presentar en el audiencia,
Tempestuoso tiempo sobrevino,
Con tan impetuosa violencia
Y tan exorbitante torbellino,
Que dieron al través en un bajío,
Do pereció con otros del navío.

Acabó sumergido y ahogado
Quien de clemencia nunca tuvo jugo ;
Mató sin culpa, y él murió culpado,
Siendo las blandas aguas su verdugo ;
Y aun no sabemos si de su pecado
En tan grave presura le desplugo,
Por ser de tal furor aquel tormento
Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo ausencia
Para volver adonde residía,
Al Espira dejó con la tenencia
Del gobierno, según él lo tenía,
Muy en conformidad y complacencia
De quien el mismo cargo pretendía,
Por ser prudente todo lo posible,
Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,
Fueron á Santa Marta y Cartagena
Gentes del nuevo reino de Granada,
Por el gran río de la Magdalena,
Que de la prosperísima jornada
Hicieron relación no poco llena,
Riquisimas cadenas en los cuellos,
Y fué Pedro de Limpías, uno dellos.

El cual á la Española hizo via,
De esmeraldas la bolsa proveída,
Donde sus hijos y mujer tenía
Y do pensaba rematar su vida.
La fama de riquezas ya corría
Y por las islas dió tal estampida,
Que en vaso de lijera carabela
Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,
E ya de Limpías vieses el recado,
Cada cual gime, cada cual suspira,
A causa de perder tan buen bocado :
Levántanse los piés al George Espira,
Y por volver mejor aderezado,
A ver al Limpías su persona sola
Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancia,
Y para no llevar camino ciego
Vino Pedro de Limpías por su guía
Vencido y alentado de su ruego ;
Y entre tanto que mas apercebía,
A Lope de Montalvo mandó luego
Con parte de la gente caminase
Y en Barraquicimeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura
Desde Montalvo hizo su partida,
Espira procuró poner en cura
De su persona la salud perdida ;
Mas no se le quitó la calentura
Hasta tanto que le quitó la vida,
Y así no procedieron los conciertos,
Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,
Lamentacion y tierno sentimiento,
Y aun en cabellos de madejas de oro,
Pues no faltó de damas ornamento ;
Y en el templo de la ciudad de Coro
Celebraron aquel enterramiento,
Do por don Joan Robledo le fué puesta
Una letra latina como esta.

Mole sub hac Formuth requiescunt ossa Georgi
Qui invisus factis, carus erat Superis.
Nominis fortis erat, superabat nomina factis,
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura Más á su nombre venia
Yace George Formud, La grandeza de su hecho,
Vaso lleno de virtud, Fué de la ciudad de Espira,
Mas vacío de ventura, De alemana parentela,
Ser varon de fuerte pecho Y dentro de Venezuela,
Su nombre nos lo decia, Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido
Do dije y en la tierra circunstante,
Supo ser el Espira fallecido,
Y sin avío ni favor bastante,
De todos los soldados compelido,
Procuró de pasar mas adelante,
Y llegó con la gente memorada
A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,
Pero no quiso ser en el concierto,
Antes con una breve compañía
Luego determinó volver al puerto,
Como quien el gobierno pretendia,
Que por su gran valor lo tuvo cierto ;
Y porque son prolijos sus procesos,
Después os contaremos los sucesos.

ELEGIA III.

A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.

CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,
Y al mundo se mostró quien lo sustenta,
Computadas las vueltas del esfera
Donde febea lumbre se aposenta,
Tomando del ocazo la carrera,
Eran mil y quinientos y cuarenta
Cuando Filipe de Uten, mozo tierno,
Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia
Hombres valerosísimos regia,
Su seso, su valor y su prudencia
La falta de los días encubría,
Donde mostraba bien la descendencia
Generosísima de do venia ;
Cuya virtud muy mas notoria fuera
Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,
Y publicadas estas provisiones,
Quiso ver otra vez el Papamene
Y escudriñar de choques los rincones,
Por parecer á todos que conviene
Ver el remate de sus poblaciones ;
Y con algunos para tal efeto
Se partió para Barraquicimeto.

Para que por allí se entretuviese
Y la gente mejor se sustentase,
Y el resto de soldados lo siguiese
Después que cada cual se preparase,
Dejóles orden antes que se fuese,
Y diestro capitán que los llevase ;
Mas antes que saliese del asiento
De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpías era
Principal adalid á maravilla,
Alcalde mayor Pedro de Ribera,
Un noble caballero de Sevilla,
Y Naveros llevaba la bandera,
Deudo del contador de aquella villa,
El Arteaga, principal caudillo,
Y con ellos Toribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemano,
Hijo de generosa parentela,
También Diego de Montes, cirujano,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Con ellos Joan Dominguez Antillano,
Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,
Pacheco, Joan Ibañez, vizcaino,
Valdomeda, Briceño y Palomino.

Fué también Joan Martinez Palomero,
Y el de su natural Joan de la Rosa,
Cada cual de los dos tan buen guerrero
Que podian fialles cualquier cosa ;
Ansimismo volvió por compañero
El Bartolomé Sanchez de Hermosa,
Con otros que porremos en historia
Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,
Hoy en aquella tierra tesorero,
Que por su gran valor y fuertes brios
Bien podia tener lugar primero,
Como quien en sangrientos desafíos
Nunca dejó de ser el delantero ;
El cual también en las demas entradas
Habia hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebido
Los que seguian el guerrero bando,
De la ciudad de Coro van saliendo
Para do los estaban esperando :
Arteaga los anda recogiendo,
E yendo con cuarenta caminando,
En unas angosturas, girabaras
Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,
Picáronles las flechas y arpones :
Hirieron á Trebejo y á Cataño
Pasándole las armas y riñones ;
En indios de servicio hacen daño
Quitándoles algunas municiones.
Crece la furia deste torbellino
Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga
Para poder salir del angostura,
Húbose de apearse el Arteaga,
Y fué subiendo por aquel altura,
Vestido de escopil, espada y daga,
Cubierto con el monte y espesura,
Hasta tomar el alto de la frente
Que tenía gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron
Tras Arteaga va gente rompida,
Los cuales de tal suerte pelearon
Que los indios pusieron en huida :
Espadas ensangrientan, y cobraron
Hacienda que tenían ya perdida ;
Salieron todos luego del estrecho
Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,
Cuya herida fué mas intestina,
Pues para clara muestra de su daño,
Por el mismo camino de la urina
Salía presurosa por el caño
No poca cantidad de sangre fina ;
Pero la cura fué por tal concierto
Que de heridas fué ninguno muerto.

Sigue mas adelante su camino
El Arteaga con los que llevaba,
Hasta tanto que ya con ellos vino
Donde Filipe de Uten esperaba :
Viendo después que para su destino
El resto de la gente no llegaba,
Mandó volver á Coro seis soldados,
Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas
Para llegar á los marinos puertos,
De girabaras, gentes atrevidas,
Fueron estos soldados descubiertos ;
Que puesto que vendieron bien sus vidas,
Al cabo todos ellos fueron muertos,
También Pacheco, padre de doña Ana,
Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán, que espera mas pujanza,
Ignora la desgracia sucedida,
Muchos meses vivió con esperanza,
Su gente fatigada y afligida ;
Y así viendo ser grande la tardanza,
Con ciento y doce hizo su partida,
Pues hacer otra cosa no podia
Por la gran hambre que se padecía.

Pues á miseria y anihilamiento
Era venida toda la grandeza
Que solia tener cualquier asiento,
Y tales los extremos de pobreza
Que cimruocos eran alimento,
Fructa que tiene forma de cereza,
Y aun estos en los montes ya faltaban
Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles
Llevó mas adelante sus soldados,
Con otras desventuras mas terribles
Por hallarse los campos anegados,
Y demás de las hambres invencibles
De tigres todas horas infestados,
Cuyas entrañas fueron sepulturas
De muchas racionales criaturas.

Y á un rocín que estaba descansando,
De todos el mayor y mas crecido,
Llevó mas de cien pasos arrastrando
Un tigre, sin poder ser socorrido :
Después la gente que lo va buscando
Hallaron el pescuezo ya comido ;
Y un Alonso Garcia de Ribera
También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado
Y dentro de pajizos aposentos,
Arrebató también otro soldado,
Junto de Villagrán y de Barrientos :
Gritos oyeron dar al desdichado,
Despiertan los que estaban soñolientos,
Ocurre luego cierta compañía
Por dar vida á quien ya no la tenia.

Llegando cerca pues doce cristianos,
Con Villagrán apechugó la plaga
Llevándolo también, y allí cercanos
Gonzalo de los Rios y Arteaga
Luego se lo quitaron de las manos,
Puesto caso que no sin una llaga
Que descubrió los huesos de la frente ;
El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarca, se nos cuenta
Estar en un bubio recogidos
Indios en cantidad mas de cuarenta,
Con palos gruesos muy fortalecidos ;
Mas al techo subió fiera hambrienta,
Y sin aprovechar grandes ruidos,
Saltó por la cumbre ya rompida,
Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada
Con el rigor que tengo referido,
Dieron en el camino de Quesada
Y Montalvo de Lugo, que salido
Habian deste reino de Granada
Con número de gente bien crecido,
Dejando ya por aquellos desiertos
Cantidad de indios y españoles muertos.

Iban también en busca del Dorado,
Y así siguen tras ellos estas gentes
Por un terreno quasi despoblado,
Rodeados de mil inconvenientes ;
Pasaron el Guayare ya nombrado,
Por caminos y pasos diferentes
De cuando vieron antes esta tierra,
Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpías decia, que conviene
Seguir los pasos del amigo viejo,
Y porque por oráculo se tiene
De la gente comun aquel consejo,
Vieron segunda vez el Papamene,
Y pasaron también rio Bermejo,
Do por la hambre ser tan escesiva
Fué milagro quedar persona viva.